**CIUDADANÍA**

Por Lilvia Soto

Como suele tejer

Bárbara aldea

Soga de perros

Contra forastero

           -  Luis de Góngora

Construyen nuestras casas y piscinas,

plantan nuestros jardines,

limpian nuestras escuelas.

Recogen el algodón para nuestra ropa,

cosechan la lechuga para nuestras mesas,

cocinan nuestras comidas y lavan los platos.

El trabajo es duro y el sueldo bajo.

Nosotros no queremos hacerlo

pero tampoco los queremos aquí.

Cuidan a nuestros niños,

nuestros enfermos, nuestros ancianos.

Alivian nuestras conciencias,

nos permiten presumir de diversidad.

El trabajo es duro y el sueldo bajo.

Nosotros no queremos hacerlo,

pero tampoco los queremos aquí.

No les abriremos la puerta.

Ellos tienen que abrirse camino, probarse.

Construiremos muros,

colgaremos alambre de púa,

los cazaremos con nuestros perros,

con nuestras pandillas de vigilantes.

Los regresaremos a su tierra.

Una y otra vez los regresaremos a su tierra,

pues no los queremos aquí.

Pero ellos tienen hambre y regresan.

Una y otra vez regresan.

Llegan por millones.

Cruzan por aguas estancadas,

saltan sobre muros,

se arrastran entre el alambre de púa,

cavan túneles bajo la tierra.

Les pagan a los coyotes, s

e esconden en furgones de carga,

se meten a cajuelas, se sofocan.

Caminan por medio de los ciento

veinte grados de Yuma,

a través de noches de escarcha.

Nuestro desierto está regado

con sus chaquetas,

sus zapatos y sus bolsas

y las botellas vacías que abandonan

apenas la última gota

se evapora con el primer espejismo.

Su basura está esparcida

por nuestro desierto. Sus cuerpos

(ciento sesenta y cinco este año) lo tapizan.

Y culpamos a los coyotes, el calor, el desierto,

su terquedad, su falta de previsión.

En las noticias escuchamos de cada cadáver,

u oímos de diez y ocho cadáveres a la vez.

Oímos y olvidamos, pues lo oímos cada día.

Sentimos tristeza por un segundo

nuestras tareas no nos dejan tiempo para la tristeza.

Son forasteros y se lo buscan ellos mismos.

Son sin número y persistentes y llegan cada día.

Si sobreviven a la migra, el alambrado,

los alacranes y los perros, los jabalíes

y las víboras de cascabel,

si son fuertes y sobreviven el frío

que congela, el calor que sofoca,

el hambre y la sed, si son más tercos

que nosotros y el desierto de Sonora,

los mandaremos a un desierto lejano

a pelear otra guerra.